

La actitud de la Iglesia frente al plebiscito significó autoasignarse el rol de garante moral de la limpieza, transparencia y cordura en el proceso eleccionario lo que entre otras cosas garantizó el triunfo opositor modificando las circunstancias y abriendo los cauces para que con el triunfo electoral de la Concertación por la Democracia en diciembre de 1989 se iniciara un período de mayor participación ciudadana recuperando la soberanía para el pueblo.

A pesar del apoyo considerable que el régimen de Pinochet recibió de los católicos integristas y de buena parte de los evangélicos, hay que decir que éste se fue desdibujando por parte de las Iglesias protestantes. Desde 1984 la Confraternidad Cristiana de Iglesias, integrada por presbiterianos, metodistas, algunos pentecostales y otras denominaciones, ha venido planteando la necesidad de que el pueblo evangélico se integre en forma decidida a la lucha por el respeto a la vida y ha apoyado las iniciativas por el pleno retorno a la democracia en el país.

⁴¹ Debe recordarse que Chile, al igual que la inmensa mayoría de los países latinoamericanos, es considerado un «país católico». Aun cuando no hay datos censales recientes, se estima que entre un 75 y un 80 por ciento de la población se declara católica. Es cierto que el protestantismo y las nuevas sectas religiosas ganan terreno, pero la tradición republicana le concede derechos y privilegios a la Iglesia católica transformándola en una Iglesia que forma parte de la cultura oficial y hegemónica. El prestigio de la Iglesia católica se incrementó bajo la dictadura. Sobre éste en la opinión pública chilena al final de la dictadura cf. Carlos Huneeus, Cambios en la opinión pública. Una aproximación al estudio de la cultura política en Chile, CERC, Academia de Humanismo Cristiano, 1986, pp. 60 s. y Cristián Parker G. «El Papa, la Iglesia y los Derechos Humanos en la visión del pueblo chileno», Pastoral Popular, V. XXXVIII, n.º 1, 1987, pp. 32-35.

4. Iglesia e integridad nacional

El compromiso de la Iglesia chilena con la dignidad del hombre y con los valores de la reconciliación y la democracia, la enfrentó a un régimen que los negaba. Su práctica y discurso le ha significado ganar en prestigio e incrementar su influencia sociocultural. Difícilmente puede decirse que hoy en Chile exista otra institución capaz de garantizar, por sí sola, la representatividad de valores consensuales que corresponden al patrimonio de la nación y del pueblo⁴¹.

En gran medida debe comprenderse el rol de la Iglesia católica bajo la dictadura como la consecuencia lógica de su evolución precedente. En efecto, la Iglesia chilena, sobre todo en el contexto de la Iglesia latinoamericana, estuvo durante la década de 1960 a la vanguardia de las renovaciones eclesiales impulsadas y potenciadas por el Concilio Vaticano II.

Era previsible que la Iglesia chilena, que había llevado relaciones más o menos armoniosas con el régimen socialista de Salvador Allende, aun cuando se opusiera firmemente al marxismo, tomara desde los primeros días una prudente distancia respecto del golpe de Estado de septiembre de 1973. La orientación progresista que caracterizó históricamente a la Iglesia católica chilena de la postguerra tuvo, pues, uno de sus mayores desafíos en el régimen militar que encabezó el general Pinochet.

Sin embargo, como hemos insinuado, la Iglesia como toda institución compleja —y la Iglesia católica es un aparato religioso de la sociedad civil con un alto grado de complejidad— no siempre mantuvo una posición global y coherente frente al régimen militar. Más allá de sus influencias valóricas, simbólicas y rituales de tipo religioso y cultural, la Iglesia es un actor sociológico clave para comprender muchos aspectos de la evolución sociopolítica de la sociedad chilena bajo el régimen militar. Sin embargo, el actor Iglesia bajo ningún punto de vista puede ser considerado sociológica-

mente como un partido de oposición al régimen del general Pinochet. La prevalencia de sus motivaciones religiosas, su naturaleza internacional, la existencia de diversas corrientes internas, la preocupación por salvaguardar intereses institucionales, la necesidad de actuar con prudencia y paciencia frente a un régimen represivo, el miedo, cuando no directamente la falta de claridad e incluso en ciertos sectores la abierta complicidad, llevaron no pocas veces a intervenciones públicas que, o bien legitimaban ciertas políticas del régimen, o bien tejían un manto de silencio cómplice con ellas. A partir de la institucionalización del régimen con la constitución de 1980, y a raíz de la mayor influencia de la corriente conservadora en el seno de la Iglesia católica, el papel jugado por ella varió hacia una posición de mayor moderación.

La Iglesia católica ha jugado un doble rol en la sociedad civil: por una parte ha facilitado la rearticulación autónoma de las organizaciones sociales y la reactivación del movimiento democrático en la base, llegando incluso a aparecer como representante de esa sociedad civil reprimida frente al Estado; pero, por otra parte, en tanto institución paraestatal en una sociedad como la chilena, ha actuado durante todos estos años como espacio social supletorio de la vitalidad y autonomía propias de la sociedad civil. En la medida en que las diferentes organizaciones intermedias de la sociedad (organizaciones civiles, sindicales, gremiales, políticas, vecinales, culturales, etc.) han estado perseguidas, proscritas, controladas, vigiladas y atomizadas, la Iglesia, dada su ubicación institucional privilegiada que le permite gozar de una autonomía relativa frente al Estado, ha jugado el rol de agente de presión y canal de expresión de las mayorías populares frente al Estado autoritario. Sin embargo, la propia figuración pública del actor eclesial ha estado sobredimensionada dada la peculiaridad de la evolución sociopolítica de estos años. Es de suponer que en el período de transición a la democracia que presenciamos la Iglesia pase por un período de ajuste, para finalmente reubicar su nuevo rol en la sociedad democrática.

Pero, además de servir como canal de expresión de la sociedad civil y espacio de su rearticulación, la Iglesia, por la posición institucional en la sociedad que hemos analizado, aparece como una institución llamada a trascender, a ubicarse sobre la contingencia pública y autónoma del Estado y del movimiento social, y que, por lo mismo, juega un papel mediador, de garante moral en última instancia y factor de regulación de los conflictos en el seno de la sociedad nacional.

El interés que mostró la Iglesia por representar aquellos valores que encarnan las tradiciones nacionales del Chile democrático, como la justicia, la paz y la democracia, la llevaron a evitar un enfrentamiento directo con el autoritarismo militar. Ella buscó tener puentes hacia las FFAA de tal suerte que entre el régimen y la oposición se abrieran vías pacíficas de diálogo que posibilitaran un mínimo consenso político capaz de abrir las puertas a una verdadera institucionalidad democrática. En otro trabajo ya hemos avanzado que el rol del actor Iglesia católica, dada su peculiar ubicación jurídico-institucional, Iglesia privilegiada en la institucionalidad nacional y monopólica en el campo religioso, ha sido paradójico dado que por una parte ha expresa-

do a la sociedad civil amenazada por la represión y el autoritarismo y paralelamente ha actuado como reserva de unidad nacional frente a un Estado autoritario que requería de la represión para implantar su revolución capitalista en el país y que precisamente introducía factores de división y desintegración nacional⁴².

Es posible interpretar sociológicamente ese rol integrador de la Iglesia como la prevalencia de un rol característico de una institución universal, internacional y pluriclasiista, que asume y recoge en su seno los conflictos de los diversos grupos y clases de la sociedad chilena. La reafirmación de esta función integradora posibilitó que en el seno de los cuerpos directivos y estructuras eclesiales se generara el consenso suficiente acerca de la necesidad de enfrentar un régimen, que como el del general Pinochet, aparecía ante la conciencia nacional como la antítesis del régimen integrador. La dictadura, por su política violenta de represión y opresión social, introducía en la sociedad chilena elementos disruptores de tal naturaleza que tendían a la desintegración, no sólo de tradiciones y valores consustanciales a la vida republicana del Chile democrático, sino que amenazaban con la agudización de las contradicciones en el marco de una estructura socioeconómica ya subdesarrollada y altamente desigual, generando una sólida base de cultivo para exacerbar la espiral de violencia desestructurante de toda convivencia en la nación. Las FFAA, que fueran una de las pocas instituciones que aglutinaban simbólicamente la unidad de la nación, por su compromiso con el régimen del general Pinochet perdieron ese sitio y la Iglesia, que en la tradición nacional también ocupaba una función semejante, pasó a constituir el único referente simbólico de unidad nacional. La Iglesia jugó así un rol como institución nacional asegurando la integración social y la convivencia pacífica amenazadas.

⁴² Cf. Cristián Parker, G. «Autoritarismo, modernización y catolicismo. Las relaciones Iglesia-Estado en las últimas décadas en Chile», *Opciones*, n.º 16, 1989, pp. 81-106.

Cristián Parker